

La flecha del tiempo

A sus nueve años Issa no tiene muy claro el concepto del tiempo, por ejemplo no entiende por qué a los días se les nombra de forma diferente como le dicen en la escuela. Para él un Lunes es muy parecido a un Jueves, hace las mismas cosas y en el mismo orden, por la mañana camina hasta que llega a la Misión y por la tarde vuelve al poblado y baja hasta el río para pescar tilapias; el único día que es diferente es el Domingo pero ya tiene su propio nombre: “Día Sin Escuela”. Más adelante, cuando sus pies pisen el pesado asfalto de las ciudades europeas, descubrirá que el tiempo está reglamentado y tiene una sola dirección: hacia adelante.

Por ahora todo transcurre tan calmado como las aguas del Níger en las que hoy ha pescado suficiente comida para un par de días. Cuando vuelve al poblado con el saco chorreante al hombro, encuentra que su madre no está en la choza en la que viven. Issa vuelca los peces en un caldero y sale para adentrarse en el bosque que rodea la aldea. Mientras busca la acacia marcada por un tajo de su machete, no es consciente de que el olor de la selva que percibe será pronto un recuerdo que se irá borrando de su memoria, a medida que pasen los días de calor y las noches heladoras de la travesía del desierto y el viaje por mar hasta llegar a las costas de Europa, y que solo recuperará fugazmente un par de años después en una visita escolar a un invernadero en un Jardín Botánico. También oye unos sonidos en la lejanía que suenan como los truenos que anuncian la tormenta, aunque la época de las lluvias no ha llegado todavía y el cielo está limpio de nubes.

Cuando encuentra el árbol buscado retira las hojas, que se han acumulado junto a al tronco, y aparta la tierra para dejar al descubierto una tapa de plástico transparente bajo la que se vislumbra un hueco excavado en el suelo. Retira la tapa y extrae el contenido, un conjunto multicolor de objetos sin ninguna relación que va depositando en el suelo: un tapón azul de una botella de plástico, un trozo de tela amarilla, la pulsera de papel blanco que le colocaron en la muñeca en el sanatorio de la Misión.

Saca también las flores que se han marchitado y las hojas de baobab que han perdido su color verde y las sustituye por otras nuevas que coloca en el fondo del hueco. Vuelve a introducir los objetos colocándolos de forma que destaquen sobre el fondo verde de las hojas y añade flores nuevas. “Lo más importante es que haya cosas diferentes y mucho color” había dicho la cooperante que le había enseñado a hacer el nicho. Así lo había llamado: “nicho”, una palabra que Issa no había oído nunca pero cuyo sonido le gustó lo suficiente para volver a usarla, varios años después, en un campamento de verano en el que enseñará a sus compañeros daneses como fabricar un escondite en el bosque para guardar sus secretos.

Antes de colocar la tapa de plástico añade otro elemento a la colección: un corazón pintado en tinta roja sobre un trozo de cartulina blanca que le ha regalado Ina, una compañera de la escuela a la que no volverá a ver nunca.

Vuelve a tapar el nicho con tierra y hojas y regresa al poblado. Allí encuentra que todos están reunidos alrededor del viejo chamán, que lleva dos días sentado en el suelo junto al fuego sagrado estudiando las volutas de humo. Localiza a su madre entre el círculo de gente expectante que rodea al fuego. Ella lo abraza y le mantiene junto a ella hasta que el chamán se levanta y habla: “Truena el tambor de la tormenta. Es hora de irse”.

El grupo de gente se dispersa apresurado mientras los truenos se oyen cada vez más cerca y se revelan como lo que son: cañonazos de artillería. Issa vuelve con su madre a la choza para recoger lo más imprescindible y ponerse en camino. Inician un viaje incierto que empieza en una balsa que se desplaza río abajo por las aguas tranquilas del Níger, que se mueven siempre hacia adelante. A veces el río forma meandros en los que parece que el agua vuelve sobre sus pasos pero en realidad siempre avanza, inexorable como la flecha del tiempo.